

vo. Ignacio Ramos, agregado de Prensa; Iñigo de Santiago, corresponsal permanente de *Arriba* en Buenos Aires, y Ramón de Montseny, me fueron presentados de golpe. La ordenada y casi feroz actividad del representante en Argentina de la Sociedad de Autores Españoles llevaba sobre sí todo ese trabajo con eficacia y simpatía. Declaro que jamás tuve mejor mentor. El me puso sobre el rastro de temas, de paisajes, de tipos, y siempre que le fué posible, no solamente me dió la pista, sino que me hizo seguirla en su coche, mientras él volcaba en mi favor, con toda generosidad, su enorme conocimiento de la vida argentina.

La espléndida cortesía de nuestros representantes, de muchos españoles de la colonia y de nuestros amigos porteños nos enlazó en una cadena de invitaciones que solamente rompió la inevitable partida.

Mañana, tarde y buena parte de la noche se la pasaban Lula y Vicky organizando el programa de los Coros y Danzas, compaginando las actuaciones, las fiestas, las visitas oficiales, los actos de solidaridad, los pequeños descansos. Era un trajín loco de carteles, fechas, telefonazos al interior, visitas a los periódicos, a los ferrocarriles, a los dirigentes de las colectividades españolas, a todo el mundo. Desde Eva Duarte al alcalde de la ciudad, saludamos a medio Buenos Aires. La alegre patrulla de nuestros amigos decidieron conducirnos al paraíso del folklore. Por aquellos días una organización típica argentina andaba tras de conseguir, de acuerdo con diversos centros regionales españoles, un recibimiento al *Monte Albertia* que fuese como una romería de bienvenida, con gaiteros gallegos, chistularis vascos y gauchos a caballo. El presidente de «El Ceibo» nos reclamaba para su local, y decimos partir la noche entre esta invitación y algo misterioso y estu-

pendo que nos preparaban para más tarde.

Primero estuvimos en el club «El Ceibo», sociedad tradicionalista argentina que, como dije, colaboraba en la recepción de los Coros y Danzas. Los chicos y los grandes y los jóvenes nacionalistas se reúnen un par de veces a la semana en «El Ceibo» entre las diez de la noche y la una de la madrugada.

Fuimos desde allí a «Achalay Huasi». Desde las nueve de la noche a las cuatro de la madrugada en «Achalay» no se oye otra cosa que música popular, ni se baila otra cosa que danzas populares. «Los Abalos» invitan a que las niñas que visitan «Achalay» salgan al tablado.

«Achalay Huasi» había quedado ocupado por nuestras huestes amigas. Supongo que comenzaba a clarear fuera mientras la música nos envolvía como un gentil poncho. Como Chirichi había estado en el Castillo de Medina haciendo un curso normal, estaba al cabo de la calle respecto a Vicky Eiroa. Le puso una guitarra en las manos y le pidió que cantase «Conde Laiño». Vicky es tímida, pero no se hace rogar. Con su pequeña y grave voz se lanzó al laberinto de la barba orballada, y, poco a poco, «Los Abalos» vinieron a nuestro corro, y sus guitarras hicieron el contrapunto al romance que cantaba Vicky. Fueron ellos quienes pidieron que Vicky continuase su recital, y a veces entraban en el escaso coro Lula y Chirichi, que tenía muy buena intención y hasta bonita voz, pero mal oído.

LLEGADA DE TARDE

Vicky y Lula no paraban un momento. Algunos periodicuchos de escasa tirada insidiaban en contra de los Coros y Danzas. El año 48 todavía no se declaraba propicio a España. Entre tanto el *Monte Albertia*, con su bodega atiborrada de canciones y pasos